

IV.

EL BESO.

Después de esta digresión—precisa para la mejor inteligencia del lector—llevaré á éste con Clemencia á casa de Julia, quien, levantada ya, trabajaba delante de su caballete.

En el semblante de la jóven se advertía esa palidez uniforme, que procede, más que de dolores físicos, de sufrimientos del alma; sin embargo, sus ojos tenían ya una apacible expresión; su sonrisa había cambiado su amargura por un tinte de dulzura y de resignación, que decía mejor á su plácido rostro que la contracción nerviosa del dolor.

—¿Cómo va eso? preguntó Clemencia al entrar, disimulando su pena y fingiendo tranquilidad: ¿cuándo sale esta soberbia obra de las manos?

—Hoy debía salir, respondió Julia con tristeza, pero no sé qué fatalidad persigue mi trabajo.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—Toma y lee.

Julia, al decir estas palabras, entregó á su amiga una carta, por la que ésta pasó la vista rápidamente: decía así:

«Veo que no hace V. caso de las advertencias que oyó hace poco más de un mes acerca de las intenciones que abrigo con respecto á Rafael: en tanto que V. no emplee su influencia obligándole á casarse conmigo; en tanto que avive su loco amor con ese fingido desden, que no puede engañarme, Diego seguirá preso en mis redes.

»Hoy el oro es su sola pasión: la envidia, que yo he sabido explotar, mis consejos, las perniciosas compañías que de continuo le rodean, y su práctica en el vicio, han arrancado de su alma todas las semillas del honor y de la probidad.

»Esto supuesto, sólo el día que le vea volver por sí mismo á su hogar para implorar el perdón de su esposa, será cuando yo desista de mi unión con Rafael, porque le amo; pero como esto no es posible, porque el sendero de la virtud, una vez abandonado, raras veces se vuelve á encontrar, aún hago á V. esta advertencia para aconsejarle que no siga provocando mi venganza.

AMANDA DE MONTALVAN.»

—¡Dios mío! exclamó Clemencia: ¿es posible que esta mujer olvide, para pensar en maldades, que su padre acaba de suicidarse!

—¿Qué dices? el Conde.....

—¡Se ha dado la muerte!

—Pero ¡cómo! ¿por qué?

—Ya sabes, por la carta póstuma de tu maestro, que ambos eran hijos de una familia honrada, pero muy pobre: el uno de ellos estudió tu arte divino: el otro, que

después compró un título de Conde, fué admitido como cajero en casa de un comerciante de Madrid llamado don Fernando Azagra.

—¿Y bien?.....

—Don Fernando hizo confianza de él, y el miserable, abusando de ella, desfalcó la caja y se vino á París, abismo que traga tantos malhechores. Era jóven y osado; entró en la carrera diplomática, y pasó al extranjero, habiendo comprado ya su título; allí adquirió nuevas riquezas. En vano D. Fernando ha corrido tras él durante muchos años : en tanto que le buscaba en países lejanos, se hallaba el Conde en Madrid oculto bajo el más riguroso incógnito : supo después que residía en París y se vino aquí : le buscó y le encontró por fin : en vano el Conde le ofreció entregarle tres millones en vez de los dos que le había sustraído de su caja : en vano le ofreció toda su fortuna : D. Fernando, que habia corrido durante toda su vida detras de su venganza, se empeñó en llevar su queja ante los tribunales, y ya habia recaído auto de prision; pero al ver á la justicia, el Conde se disparó un pistoletazo.

—¿En su misma casa?

—Sí, en su misma casa.

—¿Y cuánto hace de eso? ¡Dios mio!

—Tres dias.

—¡Y su hija piensa en proyectos de venganza! ¡Ah, desgraciada de mí con tal enemiga!

—¡Desgraciada de ella! Su padre ha muerto sin honor, y queda casi reducida á la pobreza, puesto que ha restituido á D. Fernando sus dos millones.

—¿Y ese hombre vengativo insiste en llevar este asunto á los tribunales?

—No; es la persona mejor y más humana de la tierra : se ha compadecido de esa desgraciada mujer y se ha contentado con el dinero que le restituye su primitivo esplendor, pues desde su infame despojo ha vivido en la pobreza.

La puerta, que se abrió con estrépito, interrumpió á Clemencia : las dos amigas volvieron la cabeza y vieron aparecer en ella la gentil figura de Adelina.

Venia elegantemente vestida : un traje de seda del mejor gusto, un chal de cachemira y un lindo sombrerito que dejaba ver las gruesas trenzas de sus cabellos negros, componian su atavío ; pero en su semblante habia una tristeza profunda, y sus ojos habian perdido la deliciosa vivacidad que ántes los animaba.

—Buenos dias, Julia, dijo besando á la jóven en la frente : ¿conque, has estado tan enferma y nada me has enviado á decir? ¿Conque sufrias y yo no lo he sabido? ¡Eso no está bien hecho!

—No tenia con quién enviártelo á decir, querida Adelina.

—Pues..... ¿no tienes una criada que te sirva?

—¡Ya ves que no!

—¡Ay Dios, y Natalia tiene dos doncellas, dos lacayos, un cocinero y un ama de llaves!

—Dios le da medios para ello, y á mí no, hija mia; debemos no interpretar su voluntad, sino resignarnos á ella.

—¿Medios? yo no sé dónde están : ántes le traian

mucho dinero, pero ahora ya no : y lo que es en el teatro no la aplauden ; al contrario, yo desde el palco en que estoy oigo que dicen que lo hace muy mal, y que ni áun sabe hablar frances ; pero lo que no comprendo es cómo al mismo tiempo la elogian tanto los periódicos.

— ¿La elogian?

— ¡Hasta las nubes ! Es verdad, añadió la niña con una sencillez encantadora, que todas las noches cenan en casa con Natalia tres ó cuatro periodistas.

— ¿Todas las noches?

— Sí, todas : ¡si es una vida la que llevamos ! Figúrate que Natalia se levanta á la una de la mañana ; se viste, almuerza y se va al ensayo ; viene á casa, come y se va al teatro ; sale del teatro y se vienen á casa con ella seis ú ocho caballeros y otras dos ó tres actrices, y cenan y juegan.

— ¿Y Diego no asiste á esas cenas ? preguntó Julia con voz que temblaba.

— Algunas veces sí, pero son las ménos : casi todas las noches llega á los postres y dice : « Ya he cenado con la Condesa. »

Julia alzó al cielo una mirada tan dolorosa, que Adelina se conmovió al verla, y adivinando algo de la verdad con su penetrante instinto, añadió con mayor ligereza :

— Pero hablemos de otra cosa : Julia, has de saber que vengo á exponerte una petición.

— ¿Una petición á mí ? Veamos cuál es.

— Es decirte que quiero venirme otra vez á vivir contigo.

— ¿Es posible ? ¿quieres dejar la alegre casa de Natalia, su bulliciosa sociedad, por mi compañía?

— Sí, aquí estaba yo mucho más contenta : yo no sé lo que tienes tú, Julia, que te amo más que á mis hermanos : viéndote, soy feliz : con sólo que me digas : *eso que has hecho es bueno*, ya me considero dichosa : ¿qué será esto, señora ? prosiguió la muchacha volviéndose hácia Clemencia con una candidez adorable y llena de confusion.

— Eso es, querida mia, que la bondad y la virtud cautivan siempre : ama V. á Julia porque es digna de ser amada.

— Y luégo..... ¡allí vivo tan sola ! Esos periodistas que alaban á mi hermana porque les da de cenar son groseros..... ó me dicen necedades y me tutean, ó se rien de mí..... El otro dia.....

Aquí se detuvo Adelina, y sus mejillas se vistieron de un vivo y ruboroso encarnado.

Julia y Clemencia la miraron asombradas, y esperaron en vano á que prosiguiese, durante algunos instantes.

— Vamos, ¿qué pasó el otro dia ? preguntó Julia al ver que continuaba callada y confusa.

— Estaba yo en el balcon..... prosiguió la jóven, á cuyos ojos asomó una lágrima de dolorosa cólera, y Natalia estaba tambien allí sentada en un sillón, y un poco más adentro, hablando con algunos caballeros : yo vi que Natalia hizo una seña á uno que me miraba mucho ; sin embargo, no hice caso ; pero de repente sentí sonar un beso sobre mi cuello, y me volví llena de ira con la ma-

no levantada para descargar sobre aquel insolente un bofetón, porque lo merecía, ¿no es verdad? ¿Qué derecho tenía él para besarme á mí, no siendo mi padre ni mi hermano?

—Prosigue, querida mía, dijo Julia con voz que parecía oprimida por el rubor que le causaba aquel inocente relato.

—No pude pegar, como hubiera querido, á aquel insolente, prosiguió la niña, porque Natalia se levantó de su asiento, vino de puntillas sin que yo la viera y me asió la mano que yo había levantado, sujetándola y riendo á carcajadas.

—¿Y no reprendió á aquel caballero con el enojo que merecía su vil acción?

—Nada de eso: ¡al contrario! me miró con aire burlesco y le dijo:

—No hagas caso, querido Carlos — ella tutea á todo el mundo; — ya amansaremos á esta fierecilla.

—Yo me salí de allí llorando de rabia. Ya voy á tener pronto quince años: ya no soy una niña, y no quiero sufrir, como mi hermana, que me falten al respeto esos hombres á quienes no conozco. Esto sucedió hace tres días: yo me encerré en mi cuarto y no quise salir de él: á la hora de comer vino á buscarme una de las doncellas de Natalia.

—No quiero bajar al comedor, la dije.

—Es preciso, señorita, contestó; y le voy á aconsejar una cosa, y es que sea V. un poco más amable con los amigos de su hermana, porque si no, lo pasará V. muy mal.

—¡Cómo! ¿es ser amable el dejarse besar el cuello por un desconocido? Pues entónces ¡no seré amable jamás!

—Y su hermana de V. se enfadará mucho y la maltratará: no puede V. imaginar lo colérica que se halla hoy: á mí misma me ha dicho:

—Como esta chiquilla no haga bondad y siga tan arisca, pronto me libraré de ella.

—¿Que se libraré de mí? exclamé asustada; ¡ay Dios! ¿y cómo?

—Encerrándola á V. en un colegio.

—Ya ves, prosiguió Adelina, ¡encerrarme á mí en un colegio á los quince años! ¡yo creo que me moriría de vergüenza y de pesar! Por eso, pues, y pensándolo bien, querida Julia, para librarme de besos ó de encierro, quiero quedarme á vivir á tu lado; te acompañaré, seré buena, haré labor, porque ántes no trabajaba porque Natalia me decía que no lo hiciera, y me había enseñado á pasarme, como ella, la vida en el balcón, cosa que ya me fastidiaba mucho.

—Mi querida niña, respondió Julia, yo quiero, sí, yo quiero que te quedes conmigo. Aquí serás dichosa, porque serás honrada, que es la verdadera felicidad; pero ¿te dejarán tus hermanos á mi lado, siendo en cierto modo una extraña para tí?

—¿Y qué importa que no me déjen? exclamó Adelina impetuosamente: ¡yo quiero estar contigo, y nadie me lo puede impedir! ¡Era yo tan dichosa viéndote pintar y pasando algunos ratos en casa de esta señora tan bella y tan amable! Allá, en casa de Natalia, todo es

barullo, confusion, ruido, comer todo el dia, pasar en la cena toda la noche..... Ellos dicen palabras malas; ellas van escotadas como para un baile, y rien como unas locas, y beben mucho vino de todas clases. ¡Parece aquello un infierno! ¡Me repugna que me besen aquellas mujeres descaradas; que me tomen la mano aquellos hombres, que entran elegantes y bien vestidos, y se ponen, despues de la cena, embriagados, encendidos y con el cabello descompuesto!..... ¡No, no quiero estar allí! ¡Comparado con aquel infierno, esto es un cielo de color de rosa, y sin embargo, Natalia está gruesa y alegre, y tú, mi pobre Julia, estás enferma y triste..... ¡Eso consiste en que aquí te falta la alegría porque vives sola, y es preciso que te la traiga yo!

—Vive, pues, á mi lado, hija mia, repuso Julia besando de nuevo á la niña en la frente : participarás de mi pobreza, pero conservarás tu luminosa aureola de candor. Yo te doy gracias por tu cariño, porque éste me hará ménos infeliz : al ménos tendré algo de *él* junto á mí!

—¡Ah! exclamó Adelina como quien recuerda de repente una cosa : ¡ya no me acordaba!

—¿De qué?

—¡De que está *él* ahí abajo. ¡Ahora, al nombrarle tú, y al ver aún en tu frente la señal que te hizo su mano, he recordado lo que acaba de decirme!

—¿Y qué te ha dicho? exclamó Julia levantándose pálida y convulsa.

—Vino cuando yo : sin duda detras de mí, porque yo nada sabía, y entró en el patio cuando yo empezaba á

subir la escalera : me llamó, y yo volví la cabeza : entónces me dijo : «Oye, pídele á Julia la llave de mi cuarto.»

—¿Y por qué no se la pides tú? le pregunté.

—No me atrevo : quizá me la negaria; debe estar muy enojada conmigo.

Julia no respondió : fué á una mesa que se hallaba colocada en un rincon del taller, y tomó de ella la llave de la habitacion conyugal, que recogia por precaucion cuando se retiraba á trabajar.

—¿Quieres que se la dé? preguntó Adelina.

—No, respondió la jóven : yo misma se la llevaré.

— ¡Dios mio! exclamó la niña al verla salir; pero ¿por qué va ella? ¡le puede dar otro golpe! ¡jamás hubiera creído lo poco rencorosa que es!

Clemencia no respondió : estaba enjugando las lágrimas que llenaban sus ojos, al ver la sublime conducta de Julia.

V.

LA VENGANZA.

Diego esperaba en el descansillo de la escalera, inmóvil, avergonzado y oculto en la sombra.

Habia ya en aquel hombre, que apenas llegaba á los treinta años, algo de malhechor endurecido y furioso contra la sociedad, que le rechaza sin compasion, y á la que él ofende sin temor y sin vergüenza, como su enemigo más formidable.

Oyó pasos, y creyendo que era Adelina, se adelantó algun tanto y salió de la sombra que le envolvía, apareciendo su desgredada cabeza en la penumbra clara y diáfana que proyectaba la ventana de la reducida antesala.

En su azoramiento no vió que la esbelta figura que bajaba por la escalera del taller no era la de su hermana, sino la de su esposa: las estaturas de Julia y de Adelina eran tan semejantes, que en su alucinacion no era extraño que las equivocase.

—¿Te ha dado la llave? preguntó creyendo hallarse con su hermana.

—Tómala, respondió suavemente Julia presentándosela.

Al oír aquel dulce acento, que tan profundo eco habia despertado en su corazon en dias mejores, se estremeció Diego: volvió á mirar la delicada figura que tenia delante, y murmuró:

—¡ Ah! ¡eres tú!

—Sí, Diego, yo soy, respondió Julia: toma la llave.

—Venga, respondió él tomándola rápidamente, como si la presencia de su esposa le fuese intolerable, y dió dos pasos hácia la habitacion que queria abrir: luego volvió atras, y dijo á su mujer, que permanecia inmóvil:

—Oye, voy á recoger unos papeles que me dejé en mi buró.

—Vé á lo que quieras, respondió Julia: ¿no eres dueño de tu casa?

Diego la miró asombrado: ¡su casa! ¿podia, pues, aún creerse el dueño de aquella casa, despues de vivir hácia cerca de dos meses en los más infames garitos de París?

A este pensamiento siguió otro de conveniencia particular: se dijo que, supuesto que aquélla era su casa, podia volver á ella y ocuparla las horas que le conviniese mejor. Volvióse, pues, á Julia, y le dijo con voz que él deseaba seguir haciendo dura, pero que empezaba á ser algo trémula:

—Entónces, vendré á dormir aquí por las noches.

—Cuando quieras, repuso Julia: tu cama está hecha y preparada: tu ropa, toda limpia y arreglada: puede servirte cuando la necesites ó cuando la quieras usar.

—Me vestiré entónces, repuso Diego con voz que temblaba cada vez más.

—¿Quieres almorzar ántes? Esta es la hora en que acostumbrabas hacerlo.

—No vendría mal, contestó Diego, que sentía hambre, y con razón, pues hacía tres días que no tenía un cuarto, y no se atrevía á ponerse ante la sociedad de su hermana, á causa del miserable estado de sus vestidos.

—Pues vé al comedor, dijo Julia, que ahora te llevaré el almuerzo.

Mr. Blanfort entró en efecto en el pequeño y aseado comedor de *su casa*; todo en él le recordaba días más felices; las paredes estaban adornadas con cuatro lindos cuadros, debidos á su fácil y suave pincel, que representaban aves asadas, excelentes y variadas frutas y sabrosas viandas: eran cuatro cuadros de bastante mérito.

En el testero principal había un pequeño y bonito armario lleno de loza modesta, pero limpia y nueva, y de cristal comun y liso, pero brillante por su exquisito aseo.

Sobre la mesita de nogal pulimentado, que ocupaba el centro de la estancia, había un ramo de flores silvestres, regalo de Clemencia á su amiga en el día anterior, y que exhalaba un delicioso aroma.

La paz del alma, la tranquilidad de una vida pura é irreprochable, la presencia de una mujer jóven y llena de encanto, comunicaban á los menores detalles de aquel aposento de familia un perfume inexplicable de graciosa suavidad.

El alma de Julia llenaba su solitaria casa, y á través de la ventana abierta se oía la fresca voz de Adelina, quien, cediendo á la ligereza de impresiones de su edad, cantaba una arieta.

Diego se miró en los limpios cristales de la ventana, y la figura que se reflejó en ellos le causó miedo y horror: ya no era su aspecto pobre y descuidado: era sórdido y feroz: sus ojos se habían hundido, y un vapor de humo y de sombra cubría su ántes tan vivo resplandor: su camisa había desaparecido avergonzada bajo los grasientos pliegues de una corbata vieja: faltaban á su levita algunos botones, y otros enseñaban la armadura, faltos de tela que los cubriese: su calzado estaba roto, y sus manos sucias, de los grasientos naipes que había estado manejando, por cuenta de otro, toda la noche anterior.

Cuando oyó á Julia, se sentó avergonzado en el rincón más oscuro del comedor: la jóven abrió la parte inferior del armario, y sacó un mantel blanco como la nieve, que extendió sobre la mesa, un cubierto de plata, una copa de cristal y una botellita que contenía un poco de vino.

Luégo volvió con un trozo de asado, un panecillo y una taza de excelente y humeante café, que dejaba en pos de sí un delicioso aroma.

Diego la miraba ir, venir y servirle, como si viese todo aquello á través de las nieblas de un sueño; pero se convenció de que estaba despierto al descubrir aún en la noble frente de Julia una gran señal amarillenta que se extendía hasta su mejilla.

Era el golpe que él le había dado, y que permanecía allí como su acusador.

Así que tuvo servido el almuerzo, le dijo Julia:

—Come ántes de que se enfrie, amigo mio.

Luégo se sentó al lado de la ventana, poniéndose á

trabajar en una tapicería empezada y colocada en un cestillo de labor.

Diego iba á decirle: «Y tú ¿no almuerzas?»; pero echó una mirada sobre sí mismo y tuvo vergüenza de preguntárselo.

Estaba á mitad de almorzar, cuando Julia se levantó y le dijo:

—Voy á prepararte la ropa para que te vistas: baja cuando quieras.

—Mr. Blanford no respondió: desde que salió su esposa empezó á comer con mucha mayor confianza: tenía hambre.

Así que acabó, bajó á su cuarto y se puso á vestir.

En aquel aposento habia señales evidentes de la presencia de Julia: allí se veia el peinador que se ponía á levantarse: en otro lado, sus botitas negras, que parecían de niña: más léjos, el tocador que contenía los peines con que alisaba sus hermosos cabellos rubios.

Cuando Diego estuvo vestido, Julia abrió un cajón de su secreter, en cuyo fondo aparecieron dos monedas de á cinco francos.

—Toma lo que quieras, dijo con voz suave: es todo lo que tengo: esta mañana me las prestó una amiga, pero llévatelas si te hacen falta.

Diego se ocultó el rostro con las manos y huyó desfavorido del aposento.

Cuando ya bajaba la escalera, oyó á Julia que le decía:

—Vuelve cuando quieras, amigo mío: no saldré de casa.

LIBRO CUARTO.

I.

EL MUSEO DE PINTURAS.

El magnífico peristilo del Museo de Pinturas, situado en el Louvre, estaba lleno de lacayos, que tenían á la vista sus carruajes parados al pié de la gran escalera que precede á la puerta principal.

Era un hermoso día de primavera y las cuatro de la tarde: sin cesar llegaban más carruajes, de los que salían elegantes damas y gallardos caballeros, que subían rápidamente la escalera y entraban en el Museo con cierta ansiedad acelerada, poco comun en esas gentes, que hacen alarde de ser indiferentes á todo. Llegaban también muchos carruajes de alquiler, conduciendo á personas de la clase media: de éstos salían jóvenes que no cedían en belleza y gracia á las aristocráticas damas de los magníficos carruajes propios, pero cuya mirada era más modesta y cuya sonrisa era mucho más apacible.

Los criados habían formado diferentes grupos.

A un lado se hallaban reunidos los lacayos de la aris-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO